

**JOSÉ LUIS MENÉNDEZ**

# Reunión con Poe

## ENCUADRE

Quien escribe o dibuja o ejercita cualquiera de las variaciones del arte, cumple primordialmente un ejercicio de libertad. No hay tema que no pueda tratarse en tanto surja de una decisión libre, ni existen otros límites formales que los necesarios para que una obra resulte inteligible. Quienes actuase de acuerdo con una imposición texterna o de una moda o pre-definiendo cual es el producto al que debe llegarse para ganar dinero o prestigio u obtener alguna otra ventaja inherente al usufructo del poder, difícilmente podría estar en condiciones de CREAR, o sea de producir un hecho con entidad propia y susceptible de adquirir una dimensión artística.

De todos modos lo puramente original no existe. Siempre, de una u otra forma, alguna lectura, algún aprendizaje, algún ejemplo o la más intrincada y compleja fusión de todo ello, nos acompaña y en alguna medida, nos condiciona. Vincular un poema o un grabado actual con un cuento pre-existente, puede aparecer, en principio, como una aceptación simplista y mecánica de ese proceso de integración. Pero no es así. Las influencias y asimilaciones son amplias, generales, fluidas, ingobernables y con frecuencia, incomprensibles. Puede suceder que se produzca, por lo tanto, una nueva interpretación de los cuentos o incluso, una visión completamente distinta de sus contenidos.

Un lector de este libro, cuando todavía era un borrador lleno de tachaduras, dijo que muchos de los poemas parecían llegar desde “otro Poe”. Creemos que no es así. Está bien, en principio, que se denote un clima diferente, porque de lo contrario esta revisión -como cualquier otra- carecería de sentido. Pero no hay un apartamiento deliberado sino que nace de la misma raíz. Sucede, en realidad, que hay trabajos abiertos a diversas lecturas. Y entonces no se “ve” otro escritor sino el mismo en cualquier punto oculto o inesperado de su esfuerzo expresivo, igual que si un dibujo captase, de pronto, la valentía de un hombre o el rumbo de un conflicto que recién empieza a presentarse. Poe, por ejemplo, habla muy poco del amor, de una manera explícita. Y sin embargo fue un hombre de fina sensibilidad, profundamente enamorado, que sufrió por ello dolores intensos. No debiera extrañar, pues, que al leerlo se “tropiece” con ese sentimiento, aún en circunstancias ajenas o hasta opuestas a un contexto lógico. De la misma manera se descubre, debajo de las máscaras de la muerte, de los relatos del horror, un afán perenne de lucha y de sobre-vivencia, que no siempre se advierte, con tal grado de intensidad, ni en las grandes narraciones épicas ni en las arengas de barricada.

Esas vibraciones dispersas, esos registros subterráneos, son la materia de los poemas que siguen, aquello que lentamente -con dudas y elecciones de difícil superación, pero siempre con reconfortante placer- hemos tratado de captar. Todo gran autor conserva, sin embargo, una sustancia amurallada, algo que sigue siendo absoluta y definitivamente suyo, por sobre toda crítica y toda manipulación. Aquello en lo que quizá resida su verdadera grandeza, y por lo cual, aunque sean estudiados, absorbidos, desmenuzados, durante décadas, durante siglos, por generaciones y generaciones de aprendices, siempre tienen para ofrecer alguna huella virgen, algún aspecto inexplorado; la incitación, en suma, a un nuevo atrevimiento.

Al niño  
que viajaba en barcos de papel  
y sabía de fantasmas y escarabajos de oro  
y extraviaba en la noche  
sus tesoros secretos.

Adonde quiera que se encuentre.

“...su elocuencia, esencialmente poética, llena de método, moviéndose sin embargo fuera de todo método conocido, un arsenal de imágenes extraídas de un mundo poco frecuentado por la mayoría de las mentes, un arte prodigioso para deducir de una proposición evidente y absolutamente aceptable visiones secretas y nuevas, para abrir sorprendentes perspectivas, y, en una palabra, el arte de arrebatarse, de hacer pensar, de hacer soñar, de arrancar las almas del fangal de la rutina, tales eran las deslumbrantes cualidades de las que muchos conservan el recuerdo.”

(Charles Baudelaire, Escritos sobre Poe, 1855)

(LA CARTA ROBADA)

(a Virginia Cleem)

Nos pasamos la vida  
perdiendo nuestras cartas.  
Pero nadie las tiene  
nadie las encuentra.  
Y todos vivimos tropezando  
lo mismo que el prefecto cojo de París  
dando vueltas en vano  
habitando una cuesta de apariencias  
una zona de ritos animales  
un engaño perpetuo.

Creemos que toda cosa  
es igual a sí misma  
que todos nos medimos  
con la misma vara  
que el otoño es opaco  
que alguna ley decide  
la igualdad de los hombres.

Lo creemos, lo repetimos.  
Nos alegra engañarnos.  
Ponemos las cartas en los techos  
debajo de los musgos  
en los pliegues de la ropa vieja  
para que nadie las encuentre  
como si eso fuera necesario  
como si hubiese alguien  
que pudiera mirarlas  
sin volver al pasado  
como yo como todos  
cada vez que resuena medio verso distinto  
Cada vez que seguimos.

Ya lo sabes, Virginia.  
Tantas cartas robadas,  
tantos mensajes esparcidos,  
y ni siquiera un poeta  
-tu poeta-  
el develador de enigmas  
el nochero furtivo  
el cultor eterno de tus horas  
pudo hallar la carta abierta  
su bella prosa perfumada  
aquella que guardaba  
solamente  
tu nombre.

(EL CUERVO)

El cuervo todavía proyecta su figura  
detrás de las ventanas enmohecidas.  
Sigue diciendo “Nunca más”  
- viejo chasquido de papel,  
remolino de sangre  
goteando en el olvido.

El busto de Minerva  
-donde el cuervo posaba  
su fina gallardía -  
ha perdido su leche  
    - y yace  
    desolado  
bajo una cruz sin nombre.

Ahora el cuervo se mueve  
con torpeza  
sobre la piel humana  
los mudos campanarios  
los hijos que solloza  
la penúltima víctima.

Sigue diciendo “Nunca más”  
detrás de una ventana solitaria.  
Las hojas amurallan  
sus vértebras añosas  
y se baten al viento.

(LIGEIA)

¡Oh, Ligeia: Dulce y grácil Ligeia  
que sujetas mis manos con los humos del opio!  
¿Adónde está la musa de los hombres,  
en qué danza olvidada  
en qué adiós de tus ojos  
en qué huella de calmas y mareas?

Dime Ligeia, con esa belleza  
que germina más allá de la tierra,  
con ese gesto airoso  
de los cantos de Egipto  
y tu mirar más grande  
que un valle de gacelas  
y ese paso con alas  
de las hijas de Delos:  
¿Quién guarda, proceloso,  
los fulgores eternos que sembraste?  
¿Quién vive desde un eco  
de ahogos y crepúsculos  
perdido de tu mundo?  
¿Quien quita de tu vista  
los haces de tinieblas?

Desparecen, dijiste,  
velando por tus muertos.  
Cardúmenes viscosos  
acechan infalibles  
debajo de la tierra.  
Revuelven y se esparcen  
por las cuencas umbrías.

Ese fue tu camino,  
devanadora de misterios.  
Era tuyo que habrías de volver  
al cabo de los años  
a la misma ciudad adormecida  
para hundir (bajo la lluvia  
de tus pájaros) lo vano del granito  
para dejar de nuevo sobre el río  
la gracia de tus ojos  
tu voluntad de celebrar la vida  
el secreto del tiempo develado.

(MANUSCRITO HALLADO EN UNA BOTELLA)

Mientras surque una voz de tibia  
escama  
y de ruegos al solo  
y de latires (como de  
vientres constelados)  
por los mares del mundo  
Su azul será la prueba  
de que los sabios  
los místicos los poetas  
los que se niegan a morir  
siguen burlando la ley de los naufragios.

Y se leerá qué falsa  
la inmovilidad de las montañas  
porque las montañas se mueven  
piedra a piedra  
qué embuste la fragilidad del amor  
porque el amor navega  
beso a beso  
sobre remos eternos.

Mientras haya mensajes en los mares  
cada oleaje llevará hacia las playas  
su música estrellada  
un mapa de otro mundo  
una razón en ciernes.

Y los ojos flotantes  
serán dulces y abiertos  
caracoles de sueños

(WILLIAM WILSON)

Es inútil la fuga  
el denso pensamiento  
la búsqueda paciente  
de un ángel un capullo  
una mirada fresca que despierte  
el viejo campanarios  
que filtre su perfume  
por el calado gótico dormido.

Es inútil que fuerce  
las ventanas macizas  
los salones dispersos  
los relojes inquietos.  
Ya no puedo librarme  
de sus preces calientes  
de mis huellas de vino.

Es inútil la pugna.  
Me he parado sin miedo  
frente a todas las fieras  
y todos los fantasmas.  
He hincado mis dientes  
en la credulidad de los hombres  
he llevado en mi sangre  
las más negras miserias  
y los vanos hechizos  
del poder y la gloria.  
Pero no puedo sacudir mi sombra  
-ese lobo que llevo  
mordiendo los caminos -  
porque entonces una y cien piedras  
caerían sobre mí,  
con su atavismo de Medusa.

Y eso sería el último silencio.

(EL DEMONIO DE LA PERVERSIDAD)

Desde que llegamos al mundo  
acrecemos los mismos movimientos.  
El mismo extraño origen de la culpa.  
La misma mojazón.  
La misma travesía  
que ve flamear sus huellas  
a un paso del abismo.

Ni tú ni yo cedemos  
pues no hay vida sin riesgo.  
No paramos, no seguimos.  
Todas las formas de lo prohibido  
nos seducen  
y la razón se nubla  
torna hacia atrás y calla  
corre hacia atrás y vuelve  
desentierra los vértigos y los horrores  
les pone nombre y número  
les trabaja la pulpa  
se los come de a uno y los vomita  
y después de la fiesta va con ellos.

Lo comprendemos todo  
mientras vamos cayendo.

(EL RETRATO OVAL)

Veo tu cuadro, pintor alucinado,  
y tu rostro de niña, esposa grave,  
cubierto todavía de azahares y silencios  
junto al polvo de los siglos caídos.

Y te miro, pintor,  
robando la belleza  
-vano sueño de la flor inmóvil-  
y a tu mujer robada:  
los colores cayendo sobre el lienzo  
desde el alba de su propia mejilla.

Pobre pintor, y pobre niña.  
Los dos lograron lo que nadie pudo.  
La inspiración profunda,  
tan profunda como lecho de mar  
como tajo de luna en la tiniebla.

Juntos dijeron lo que nadie dijo,  
ni los magos de las noches antiguas  
ni las viejas domadoras del viento.  
Lo que no será dicho.

Los dos dieron su fuego a la belleza,  
pero no fue bastante.  
Lo que aún se muestra  
-la cara inacabada  
los trazos indelebles  
de las manos creadoras-  
ya no les pertenece  
y es apenas tan grande  
como lo que perdieron.

La eternidad sepulta  
la luz de los milagros.

(LA CONVERSACION DE EIROS Y CHARMION)

Era un punto lejano.  
Apenas un dibujo de larvada tristeza  
que ignoraban  
las prietas muchedumbres.  
Pero crecía.

No era espejo de siglos  
ni alud de profecías  
ni revuelo de muertos aguerridos...  
Tampoco un vómito de Dios. Pero crecía.

Y se puso más cerca:  
en el temor de los sabios  
y cada vez más cerca:  
en la paz de los reyes  
y cada vez más cerca:  
en el corazón de la gente  
y al fin  
como una sombra  
cada vez más cerca  
más cerca  
como una sombra gigantesca  
sobre los cuerpos  
como un trépano inmenso  
perforando los cráneos  
hasta la más honda de las raíces:  
la raíz del fuego y el delirio  
la sofocación el llanto  
la desesperanza  
el último alarido de la tierra  
su última huella calcinada.

Sólo sobrevivieron Eiros y Charmión.  
Sólo el amor del mundo  
y los amantes.

(EL GATO NEGRO)

¿Desde dónde vienen los enviados del diablo,  
los gatos fantasmales?

¿Desde qué grietas insondables,  
desde qué pechos consternados?

¿Desde dónde se acercan,  
recelosos,

para fingir la calma  
con sus uñas lamidas?

Como gusanos de la noche vienen.

Como brujas oscuras  
disfrazadas de gato.

Y sus pasos nos miran  
nos turban nos seducen

nos excavan el hígado  
nos devoran el gusto y la palabra.

Y nos venden relojes sin arena  
desenfreno sin culpa  
libertades sin lucha.

Y aunque los amurallen  
o los cuelguen de una rama  
o les saquen los ojos y los quemen  
ellos vuelven en medio de las horas  
como rayos en las tormentas  
como violadores del mundo  
como traficantes del vicio  
como vaciadores de cerebros  
para maullarnos y burlarse  
mientras hacen el amor  
y se multiplican  
con el pan lechoso que le damos.

(ELEONORA)

Bastaba con mirarla  
para saberlo todo  
Campanilla del aire  
Regocijo de la verde sombra.

Un río de sus manos soltaba cada noche  
la musa de las piedras.  
Y a su paso nacían los panes almendrados  
la siesta de los grillos  
lo preludial del agua en la cascada.

Los peces detenían  
su espuma de silencio  
Las prietas alamedas trazaban en el cielo  
la ruta de los pájaros  
Y los altos flamencos  
ondeaban para Ella su plumaje escarlata.

Pero lo bello pasa demasiado pronto.  
Y la soñada Luz  
la dulce Flor del Valle  
se fue apagando sola  
como una mariposa en el invierno  
como un amor jurado  
al pie de las cenizas.

De su nombre quedaron los ecos malheridos  
de su cuerpo la música de un ángel  
del viejo amor una promesa rota.  
Por eso regresó  
- con su velamen gris  
sus aprestos de luna y horizonte -  
a deshojar las horas del olvido.

Y así fue que una tarde  
- cuando el hombre soñaba en otros brazos -  
sus labios afloraron el beso del perdón.  
El mejor beso.

(EL POZO Y EL PENDULO)

En el viento que siembra  
pezones de madera  
en la gesta del agua y de la arcilla  
se dilatan los viejos laberintos  
la cuenca donde moran la pasión y la duda.  
Y los hombres en trance (esparcidos  
en la más pura soledad)  
a la sombra de un péndulo batiente.

Algunos pasos antes de la muerte  
en el rigor filoso de la prueba  
temblando -agonizando  
buscando apoyo hasta en los últimos residuos  
de lo que vive:  
en la voracidad de las ratas  
en el vapor del hierro enrojecido  
en el eco sin pausa de sonidos lejanos  
los hombres dilucidan su triunfo  
o su derrota  
su libertad  
o su  
sometimiento.

(EL CORAZON REVELADOR)

Todo se desdice pero a la vez confluye.  
La luz de los teoremas  
no deshace los miedos.  
Y los heraldos de la claridad  
-esos que abren al día su capullo sonoro-  
se aquietan contemplando  
los golpes del azar  
la luz caída  
el espolón cebado de las almas.

Pero el hombre contiene momentos infinitos  
y se carga en los puños  
varias muertes dos alas nueve lunas  
un reposo de tiempo cien batallas  
y el prodigio de ver hacia lo lejos  
entre hogueras de sal entre arenales  
una nueva simiente la locura  
de vivir otro ayer otro comienzo

de caminar por arriba del mundo  
y las miserias de sanar la quejumbre  
de poner a los ángeles y los demonios  
sobre las mismas aguas:  
allí donde la espada se desangre  
los ojos vuelvan por la luz perdida  
y el corazón emerja cada noche  
como un trueno floral  
de su naufragio.

(LA CAJA OBLONGA)

Yo conocí otro amigo, otro Cornelius.  
Nunca supuse que dolerías así,  
que guardarías de pie, solo y nocturno,  
tu vasto sufrimiento tu consuelo  
y menos aún que morirías  
como un loco de amor entre las olas.

Caja oblonga, seis pies de longitud,  
y una sombra que pliega su belleza.  
Caja de pino, dos pies y medio de ancho  
y un teorema de sal para tu sueño.

Oh, custodia sufrido del enigma:  
Ignoraste, paciente y melancólico,  
la observación de los curiosos  
y los embates de la tempestad,  
la copa del trinquete hecha pedazos,  
la Galerna estallando,  
los cordajes en lucha contra el viento,  
los bombas atascadas  
y el palo de mesana saltando por la borda.

Todos cedieron a la tentación  
de la sobrevivencia,  
menos el más amante,  
el más trágico y desesperado.  
Porque no quiso viajar solo  
ni ser abandonado  
se quedó con la caja para siempre  
para todas las noches y los astros.

Un día volverán a flotar, mujer y esposo,  
cuando toda la sal se desvanezca.

(LA CAIDA DE LA CASA USHER)

Cada tanto el temblor  
sobre la tierra quieta.

Arboles rendidos  
al embate del agua.  
Aluviones de sangre  
sobre la ley del hombre  
y de la piedra.  
Aciago serpenteo  
de todos los ocasos.

Por eso el viejo calvo  
solamente comía  
las comidas insípidas  
solamente vestía  
los ropajes livianos  
el reflejo más débil  
le quemaba los ojos  
y hasta la fragancia de las flores  
le sofocaba el alma.

Y por eso la muerte  
no pudo morir sola:  
Tuvo que volver desde el silencio  
para que todo se callara  
para quitar del puente  
y de la noche  
sus frágiles sustentos  
para mirar las torres  
(con su heráldica fósil)  
resumiendo su luz  
en los pantanos.

(LA MASCARA DE LA MUERTE ROJA)

Afuera del castillo,  
uncidos por el yugo de los grandes pendones,  
la raza de labriegos  
va moliendo su tallo de trigo desolado.

Pero el dolor abona más dolores.  
¿Qué será entonces de tu pradera seca,  
huevo de náusea de la tierra,  
cabalgadura de lombriz,  
dios opaco de los hombres sin honra?

Yo lo presiento:  
Aunque guardes tu miedo  
entre murallas  
y vibres como un látigo  
sobre espaldas serviles  
y despliegue (al paso  
de la muerte) tus heces de locura,  
el pueblo que silencias  
te encontrará para decirte

Soy tu misma materia  
bebo y respiro como tú  
me reproduzco como tú  
camino como tú  
y mi peste también te pertenece.

(EL CARRO DEL SEÑOR VALDEMAR)

Se te hacen llagas.  
En la boca la lengua la palabra.  
En la crecida frente.

Se te hacen llagas.  
Así fugas del lecho  
del hombre que agoniza  
y delinques sin culpa  
y tu cuerpo se afea sin dolor.

Llaga sobre llaga.  
Te olvidas que adelante  
varios panes de tierra  
esperan por tu rostro.

(HISTORIA DE UN HOMBRE DE MODA)

Desde cierta figura recostada  
(con  
jeringa  
hipodérmica  
vacía)  
me sacuden perfiles azarosos  
teoremas en cuclillas  
dentaduras de sal  
    crucifixiones  
espaldas entre-humanas  
    de soledad y espanto.  
Y siento la golpiza  
    como una sola y mía.

Y de pronto la sangre  
    deambula tajo a tajo  
y aroma los adioses  
le da sus claridades.

Entonces me parece  
que riega un grito dulce  
    un ambular añejo  
    una tierra de cauces derrumbados  
y su boca que duele a borbotones  
y su brillo que mece las mareas  
no se va de los cuadros sin mirarme.

(MORELLA)

¿Cómo es posible, dime,  
que tu saber inmenso parpadee  
para dejar en sombras mis afectos?  
¿Cómo es posible, niña,  
que no olvide tu nombre, todavía,  
que se llene mi pulso de nostalgias,  
que mi pobre razón ya no distinga  
ni las hebras de luz de los cipreses?

Es así, Morella.  
Con tu lógica pura me pervierto  
y en la cúspide (inútil) de la tarde  
me hago lengua de panes demenciales  
y desmigo tu cuerpo y mis olvidos.

¿En qué desierta tierra  
me desvanezco entonces, en qué dolido golpe  
se aposentan las horas?

Lo supe cierta noche  
cuando el viento flameaba tus caricias  
y mis penas  
¡mis penas obstinadas!  
buscaban vanamente los colores del alba.

Esa noche, Morella,  
fuiste una bruma herida un Pensamiento.  
Un aire de jazmines  
goteando hacia los sueños.

Lo dicho, lo anunciado,  
se cumplió puntualmente.  
Y mis propios dolores se cumplieron.  
¿Por qué volviste nuevamente niña  
nuevamente nube y transparencia?  
¿De quién te burlarás  
-”aquí estoy, aquí estoy”-  
cuando no queden  
ni unos ojos de buey para escucharte  
cuando al fin de canses  
de jugar con el tiempo?

(METZENGERSTEIN)

Oh, tiempo lapidario  
gotoso  
turbulento  
devorador de soles  
y piedras y aguaceros...  
    Caballo desbocado  
que amortajas las olas  
y la sangre  
con tus vapores de óxido  
que pierdes en el fuego  
toda lanza de luz  
todo galope.

Tiempo largo y ceñido:  
sobrevuelo de flechas incendiarias  
con su flema de siglos y peleas.

Pobre tiempo que vives  
de tu propio castigo.  
Tiempo vano que mueres  
al revés de la muerte  
y te miras de pronto  
con los ojos de un ciego.  
Oh, tiempo maloliente  
    glotón  
    analfabeto  
que has deshecho la risa de los tigres  
y las piezas dentarias  
de los libros sagrados:  
¡Olvídate de mí!

Alguna vez mis manos  
se molerán los huesos  
y serán amarillas crispaciones al viento.  
Pero nunca nunca  
verterán una lágrima.

(EL MISTERIO DE MARIE ROGET)

Puedes elegir el sitio:  
un claro entre las piedras  
de los cauces vacíos  
o la huella de un faro  
que atraviese en tu nombre  
vendavales de arena  
o el lecho de una fuente  
que libre cada noche  
su diluvio de olvidos.

Pero nunca puedes conocer  
el último fulgor del tiempo  
la luz que llevan los párpados caídos  
al vano de la sombra.

Nunca puedes esperar  
que el cielo se derrumbe  
de una sola manera  
que los filos se vuelvan de pan o de ceniza  
en la llaga que opongas -ciega  
por tu propia razón- al ruego  
y el embate de las mismas manos.

Siempre un breve destello  
-un tremolar un gesto una palabra -  
se anunciarán cuando sea tarde  
y una nueva verdad  
se burlará de tu pesado juicio.

Hasta que todos los puñales  
-que una y otra vez cayeran  
sobre tu rostro vacilante -  
regresen al silencio de su vaina de hielo.

(CONTRATAPA)

Durante varias y siempre imprevisibles noches, dos sencillos vecinos -de aficiones simples y vena sedentaria- solían fugarse, sin embargo, hacia honduras de tierra navegable, perdidas en los planos encantados del mundo, donde el conjuro de ritos e invocaciones fantásticas jugaban a cambiar el orden habitual de las cosas. Escondían caballos en pajares de tinta, que después ellos mismos incendiaban. Descubrían efigies de amor en la soledad de los pantanos. Atizaban estrellas con mapas de ceniza. Molían la piedra de los campanarios anidados para que la memoria se abriese como un polvo de pájaros. Y hasta hablaban -es lo que decían- con un viejo famoso, libre ya de máscara y tormento.

En cada amanecer, por supuesto, todos los delirios se apagaban. Apenas si quedó, como recuerdo prescindible, este gris espejismo de papel.